

Le decía a la audiencia que éramos seres humanos como cualquier otro

Bolívar Salcedo

ME LLAMO NAHÚM BOLÍVAR SALCEDO RAMÍREZ. Tengo 77 años. Nací en el cantón Catacocha. Tuve cinco hijos. Dos de ellos los tuve aquí en el hospital. Y tres vinieron de la provincia de Bolívar, porque yo viví allá. Mis padres ya no viven. Solamente tengo una hermana en la provincia de El Oro. Yo vivo del apoyo familiar. Viví cincuenta años en el hospital y cinco años aquí, en la nueva casa. Tenía 23 años cuando llegué aquí. Me envió el doctor Agustín Aguirre de Loja. Estuve en el sindicato de choferes en Loja y el doctor era director del sindicato. Él sospechó algo, pues en una ocasión me quemé componiendo un carro, y no sentí que me quemaba. Entonces él me dijo: “Tengo que hacerte un examen”. Los resultados dieron positivo para la enfermedad de Hansen.

Cuando vine al hospital, había 120 personas: 80 hombres y 40 mujeres. Siempre hacíamos alguna actividad, ya sea deportiva o agrícola. Las instalaciones estaban separadas por una pared. Las mujeres estaban en un pabellón y acá, del otro lado, vivíamos 80 hombres. En esa época la comunicación era bastante limitada. Sin embargo, nos encontrábamos cuando había alguna obra social que el doctor Gonzalo González nos pedía hacer. Él era un médico muy bueno, un doctor de mucha calidad humana. Era compañero de universidad del doctor Agustín Aguirre, quien me envió

90 con una carta de recomendación, así que el doctor Gonzalo González me trataba muy bien.

A este hospital vienen pacientes de cualquier provincia y les dan tratamiento. Nosotros nos entreteníamos a veces jugando con los empleados de aquí mismo. Hacíamos partidos de vóley o de fútbol. Leíamos entonces una revista del expresidente Isidro Ayora. Él había dicho que este lugar lo destinaba sólo para los pacientes de Hansen. Tenía 140 camas. El sitio anteriormente era un *chaquiñán* (sendero), monte y bosque. Lo habían empezado a construir en 1920 y terminado en 1927, año en que vinieron unos 30 pacientes que estaban en el antiguo hospital de Pifo. Yo sé esto porque tuve un tío que estuvo en Pifo. Él debió haber estado más o menos unos diez años allá. Me contaba que el ambiente era muy bonito, pero era muy distante para los médicos y enfermeras que vivían aquí en la ciudad. Era muy tardado transportarse hasta allá y en ese tiempo no había la vialidad que existe ahora. También trabajaban pocos médicos allí. Seguramente debió haber sido hermoso, un hospital pequeño. El doctor Isidro Ayora terminó de construir este hospital para que los pacientes estén más en el centro de la ciudad y puedan tener mejor atención. Los servicios en el Gonzalo González eran un poco restringidos al comienzo. La puerta de entrada al pabellón de mujeres permanecía asegurada y también la puerta principal. Todo funcionaba con un permiso que teníamos que solicitar. También había limitaciones para los familiares que venían a conversar con nosotros. Había unos parlatorios con unas mallas. No se podía tener contacto familiar. Había mucho recelo por la enfermedad en ese tiempo. Poco a poco se fueron abriendo las puertas. Comenzaron a venir los padres salesianos, quienes nos daban conferencias. El señor presidente, doctor José María Velasco Ibarra, también nos visitó y nos hizo conocer mucho sobre los derechos de las personas, los derechos del hombre.

En ese tiempo no se permitían matrimonios. Pero en la conferencia que nos dio el doctor Velasco Ibarra, dijo que teníamos derecho a formar una familia, a tener un hogar, a tener hijos. Él vino aquí alrededor de 1964 pero su visita no se hizo pública porque no vino la prensa. El doctor siempre nos visitaba. Venía directo a la cocina y le gustaba presenciar cómo nos servían la comida, qué comida nos daban. Le gustaba que nos atendieran bien. Aquí, como pacientes, nos atendíamos entre nosotros y la comida la pasaban por

rejillas. En algunos casos las personas caminaban en cal para no contagiarse. No había mucha libertad, no había nada de eso. Y los médicos siempre entraban así con zapatones, con muchos mandiles y poco le tocaban a uno. Para coger el dinero, lo hacían con papeles. Pero después, comenzaron a venir los padres salesianos y un llamado apóstol de los pacientes de Hansen. Se llamaba Raúl Poleduc y había visitado diferentes hospitales de personas con Hansen en el mundo. Él era francés y vino un tiempo a Ecuador. Nos llevó a un canal de televisión. Siempre nos abrazaba y en el canal le decía a la audiencia que éramos seres humanos como cualquier otro. Decía que no había por qué tener tanto recelo ni miedo. Así, de a poco, se fueron abriendo las puertas y la gente iba perdiendo el miedo.

Luego vinieron chicos y chicas de la Universidad Católica y de la Universidad Central. Nos hacían bailar, nos preparaban un cafecito o un *canelazo* en época de frío. Y lo tomábamos junto con ellos. Eso nos fue levantando el ánimo a todos. Había mucha discriminación, aunque hasta ahora existe. De las 120 personas que vivían, más o menos unas 20 o 30 fueron dadas de alta. A otros les consiguió trabajo el doctor Gonzalo González para que se rehabilitaran. Algunos fueron empleados en el tema de malaria o empleados hospitalarios. Fueron desarrollando sus vidas. Dentro del hospital se han generado amistades y familiaridad con muchos. Por eso, cuando alguien fallece, todos nos entristecemos. Más o menos han muerto unas 200 personas desde que yo estoy aquí. Quizá 300, entre los de mi época y otros que iban llegando. Cuando han muerto compañeros, hemos sentido como que se nos va un familiar. Es que llevamos tantos años de vida juntos que llegamos a familiarizarnos. Es bastante duro. Yo creo tener algún privilegio pues me he encomendado mucho a Dios y me ha dado la vida para poder ver a mis hijos. Me he escapado cuántas veces de la muerte y he vuelto a sobrevivir.

Hace unos diez años, me di cuenta de que los hijos de los pacientes, nacidos aquí, se quedaban a vivir en el hospital. Yo pensé que eso no estaba bien y me interesé por incluirlos en la sociedad, por sacarlos de aquí. Por eso, donde estamos ahora, este conjunto, lleva mi nombre, Nahúm Bolívar, porque yo fui el gestor. Yo fui el que tuvo esa chispita, ese pensamiento de que se podía incluir en la comunidad a esos jóvenes que estaban adentro del hospital, incluidos mis hijos, claro. Cuando empecé los trámites me recibie-





94 ron con buena voluntad. Me reuní con mi familia y otras personas más y nos fuimos donde la señora ministra María de los Ángeles Duarte. Le planteamos el problema y le explicamos que nosotros necesitábamos rehabilitarnos, además de que nos hacía falta su ayuda. Yo ya había conseguido el terreno para que los pacientes y familiares pudieran construir. Eso lo hice por medio de una ley del Congreso Nacional que le autorizó al Ministerio de Salud que nos lo dieran. Nos tomó más o menos unos cuatro años conseguir el terreno. Una vez conseguido esto, teníamos que trabajar en otro proyecto, el de las casas. Como éramos pobres, no teníamos financiamiento, fuimos a hablar con la Ministra de Vivienda. Ella nos dio un bono de cinco mil dólares para construir este conjunto. El acuerdo ministerial establecía un comodato para 50 años. Pero recientemente se abolieron los comodatos y ahora estamos con esa incertidumbre, queriendo que se legalice por medio de escrituras la posesión de nuestras casas. Tenemos miedo de que algún día nos digan que esto es solamente un préstamo.

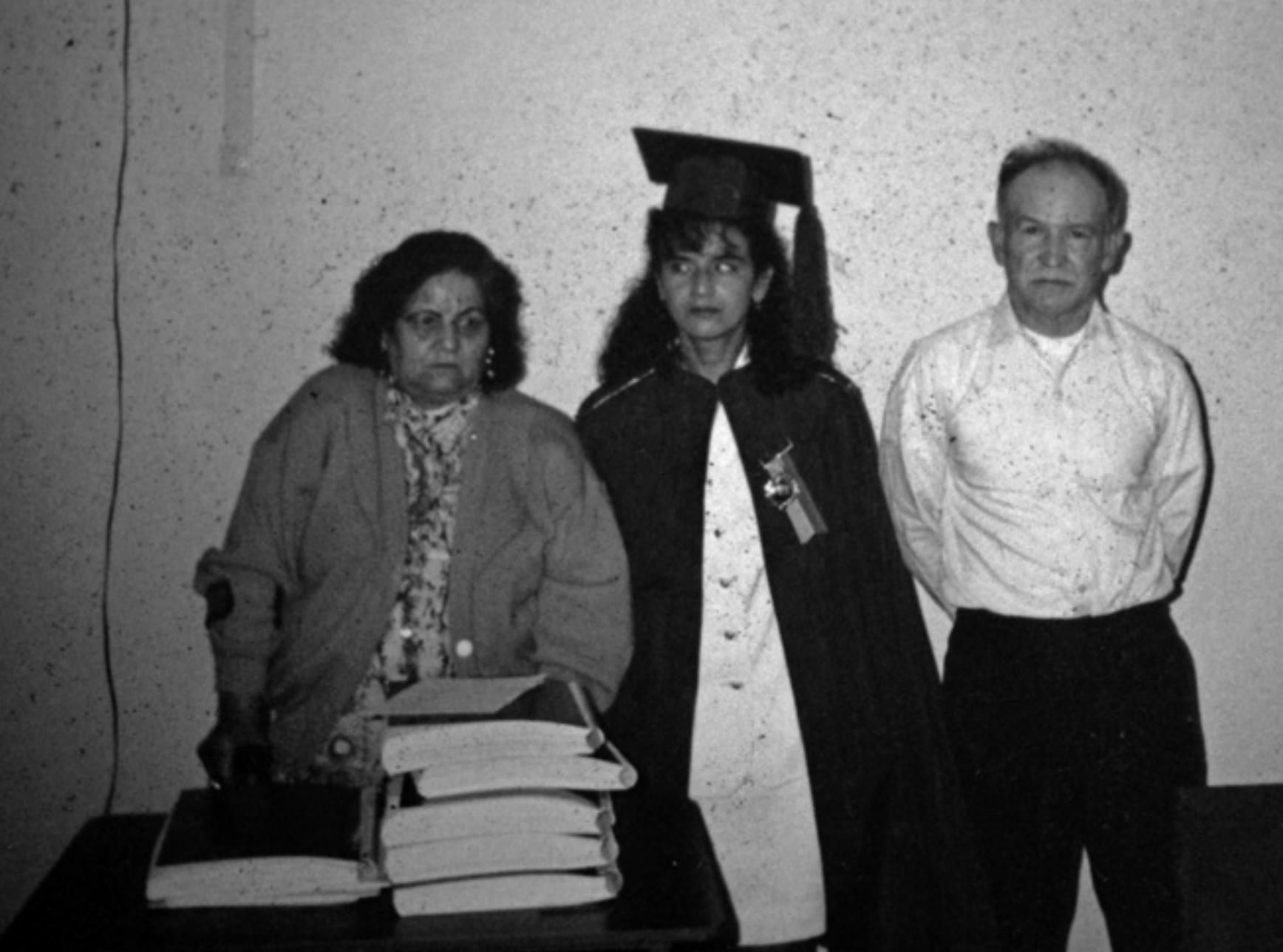
Pero volviendo a mi historia: antes de venir aquí, yo era chofer. Tuve la licencia profesional y manejé como unos tres años. Iba de Loja a Machala, a Puerto Bolívar, a Zaruma y a Portovelo comerciando banano. Luego me dediqué a la carpintería y tenía muchas obras. Por eso, cuando vine acá, empecé en la carpintería. Me detectaron la enfermedad luego de que me quemara el brazo al componer el carro que se nos dañó al cruzar el río Malacatos en Loja. Esos fierros estaban calientísimos y además estaba bastante oscuro. Entré al carro, mandé a un oficial a que trajera de su casa una *petromaq*, que era una lámpara de aceite. Tomé la lámpara con una mano y con la otra estaba apretando unas tuercas en el carburador. Al apretar la lámpara se me hizo una quemadura profunda. Yo en ese entonces tenía nada más que 19 años. Me detectaron la enfermedad faltando ocho días para dar el examen para graduarme y sacar la licencia profesional. Entonces, me tomaron unas muestras de los oídos y de la nariz y me dijeron que tenía la enfermedad de Hansen: lepra, que la llamaban en ese entonces.

Mi familia se dispersó. Unos se fueron a la provincia de El Oro, donde yo también viví por un tiempo y otros se fueron al Oriente, pero siempre nos visitamos. Me visitan aquí. Cuando llegaron a enterarse que tenía lepra se sintieron muy apenados. Me dieron mucho, mucho valor para enfrentar la enfermedad. Yo he sido un hombre muy optimista, no me he dejado ven-

cer por la adversidad de la vida. Siempre he luchado y hasta ahora estoy viviendo. Yo me puse muy triste. Dije: “Tal vez se truncarán mis sueños y mis ambiciones”. Pero al final retomé la vida de otra manera. Entonces traté de formar un hogar, de tener mis hijos y de cumplir la meta que manda la vida. Eso estaba dentro de mis planes, a pesar de que ya me había enterado de que tenía la enfermedad.

Yo tenía como unas cuatro novias de joven, pero una ya estaba casada. En ese tiempo mi papá vivía. Yo le dije: “Papá, yo quisiera formar un hogar”, porque vivíamos los dos solos y trabajábamos en la carpintería. Quería formarlo para que estuviéramos acompañados y para que alguien preparara nuestra comida. Él me dijo: “Bueno hijo, ¿con cuál quieres casarte, con fulana de tal? Vamos a proponerle matrimonio y a pedir su mano”. La chica dijo: “Yo todavía me siento muy joven”. Ella tendría unos 16 años. Yo tenía unos 18, por ahí. Pero al final aceptó casarse. Arreglamos el matrimonio y ahí mi hermana me llevó a Loja. Ella me dijo: “Tú tienes que casarte, pero haz algo, aprende primero algo, para que mantengas a tu mujer”. Y ahí fue que me hice chofer. Mi hermana vivía en Loja. Con ese pretexto, ella me llevó y dijo que me iba a ayudar. Me dio mil sucres, para que comprara la ropa. Pero para ser chofer había que estudiar un año. “Un año no es nada”, decía ella. Me dijo: “Estudia y yo te doy todo”. Le escribí entonces una carta a la chica. Le dije que iba a estudiar y que me esperara. Pero también le mentí, le dije que me habían escogido para el cuartel. Y me fui a Piñas. Pero allá, la mentira se hizo realidad porque me tomaron para el cuartel. Tuve que probar que era hijo único y que estaba acompañando a mi papá porque los demás hijos ya eran casados. Entonces, me dejaron libre. Pero igual, le dije a ella que me habían tomado para el cuartel y que cuando saliera, nos casaríamos. Todos los jueves, le escribía. Le dije que mi hermana me había obligado a aprender algo para que pudiera mantenerla. Pero después de unos dos o tres años la chica ya se había casado. Es que no la iba a visitar, sólo le enviaba cartas.

Mientras estudiaba para chofer no tuve novia. Bueno, por ahí había una chica que era algo como una novia. Ella vivía cerca de nosotros. Era la hija de un general del ejército en Loja. Pero yo me sentía muy por debajo de ella. Sin embargo, la chica me prestaba atención. Siempre conversábamos, salíamos por ahí, pero en secreto. Y mis compañeros hacían bromas y decían: “cuando se case el Bolito habrá la fila de oficiales afuera”.



Pero cuando vine acá por la enfermedad, conocí a una chica llamada Corinita. Ella había venido de la provincia de Bolívar. Llegó unos 15 días antes que yo. Y yo empecé a sentir algo por ella. Ella tenía 17 años y yo 20. El director de entonces, siempre, siempre nos hacía lo que llamábamos obra social, cada mes o cada dos meses. Nos unía a hombres y mujeres. Como teníamos un salón grande, nos reuníamos ahí. Ahí la conocí a ella. Después hubo un baile y nos presentamos. Y como que ahí nos gustamos un poco. Eso siguió a través de cartas. Es que estábamos separados en pabellones. Era una pared aquí para los hombres y allá estaban las mujeres. Entonces teníamos una puerta grandota de madera. Las puertas tenían unas rejitas y nosotros nos veíamos por esos huequitos. Se decía que cada uno tenía su huequito, porque el uno no podía interrumpir al otro para ver a las chicas. Era chistoso eso. Cada ocho días abrían esa puerta para que las mujeres que lavaban la ropa pudieran entrar. Nosotros les pagábamos a algunas de esas señoras para que les llevaran cartas o mensajes a las chicas. Teníamos una canasta donde poníamos la ropa, ellas venían y las recogían, para eso sí se abría la puerta; toditos ahí poníamos las tarjetitas con nombre, y las señoras las llevaban. Teníamos a veces la oportunidad de vernos con las chicas. Les lanzábamos piropos y nos íbamos enamorando.

Una vez, al año de haber llegado, un 15 de agosto se hizo una fiesta a la que vinieron Ernesto Albán y Paulina Tamayo, que era una niña entonces. Luego de la presentación de los artistas, nos quedamos haciendo la farra. Ahí fue que ya le propuse matrimonio. De una vez, nos hicimos novios. Le dije que nos uniéramos para no sentirnos solos, para formar un hogar, para tener nuestros hijos. Nos casamos en 1960, en agosto. Pero para casarnos tuvimos que salir del hospital. Porque el doctor, en una conferencia en el salón, nos dijo: "si ustedes se enamoran, se casan, está bien, pero tienen que irse a vivir unos tres o cuatro años fuera del leprocomio". Su familia no va a venir a meterse al hospital, nos decía. Y así fue, nosotros nos casamos afuera, en El Oro pues ahí tenía yo hermanas. Vivimos allí poco más de un año y luego dijo mi señora que quería ella tener más contacto con su familia, pues ellos habían sido hermanos. Ella era de San Miguel de Bolívar. Yo acepté y le dije: "bueno, vamos", porque yo tampoco tenía una propiedad, ni una finca o algo para vivir. No, no tuve yo eso. Entonces ella me dijo: "vamos allá, que mi papá tiene un terreno y lo podemos trabajar". Y nos fuimos.

Mi suegro y mi suegra fueron buenas personas. Me acogieron como a un hijo y los hermanos también. Hasta ahora que falleció Corinita vinieron, estuvimos aquí con ellos. Me acogieron bien, me querían muchísimo. El terreno que tenían era de unas 16 hectáreas. Sembrábamos trigo, maíz, cebada y papa. Luego nos fuimos a una finca en Montalvo, que queda en Los Ríos. Ahí, el papá tenía 20 hectáreas de terreno. Nos dieron un buen pedazo de tierra e hicimos una casita. Luego compramos unas dos terneritas, criamos ganado y teníamos caña de dulce para hacer panela. Estuvimos un tiempo en la costa y después regresamos otra vez a la sierra. En total estuvimos diez años fuera del hospital.

Tuvimos nuestro primer hijo a los dos años de casados. En 1970 regresamos. Tuvimos tres hijos, pero dos nacieron aquí. Cuando volvimos, todavía el hospital estaba dividido en pabellones. Tuvimos que vivir separados aun estando casados. No tenía sentido que nos tuvieran separados. Las mujeres allá y los hombres acá. Nuestra primera hija murió. Era una mujercita. No nos permitieron criarla en el hospital. Se la llevaron con la trabajadora social diciendo que nosotros no podíamos tener a nuestros hijos. ¿Por qué? Qué se yo, por contagio, por cualquier cosa. En fin, nos quitaron a la primer hija. Era una situación bien grave, bien triste, porque a los tres meses nos la trajeron muertita. De tres meses era una linda muchachita... y se la llevó la trabajadora social. Yo no sé en qué lugar la pondrían. Ella decía: "uy, su hija está linda, está..." ¡Mentira! A los tres meses nos la trajeron muertita y escaldada. Y tuvimos que sufrir ese golpe en la vida. En el hospital tomaron más conciencia con la venida del doctor Velasco Ibarra y dijeron que los hijos teníamos que criarlos nosotros. A los otros los tuvimos en Bolívar. Para venir acá, al primer hijo lo dejamos con la abuelita, allá, pero lo tuvo sólo un año y luego lo trajimos con nosotros cuando ya permitían en el hospital vivir como esposos con los hijos.

La vida en pareja era muy bonita, muy linda, porque nos la pasábamos haciendo terapia y trabajando en carpintería o en una granja agrícola. Ahí sembrábamos algunas plantas como maíz, cebolla, coles y papas. Y así amenizábamos la vida y no estábamos sólo sujetos al tratamiento que nos daban. Yo me acuerdo que disfrutábamos muchas cosas en pareja. Gracias a Dios, en la parte económica no sufrimos, porque siempre teníamos algo. Claro que nos tocaba trabajar duro, pero no nos faltaba el platito de comida,

o dinero para comprar las cosas. Cuando vinieron los hijos, fue que ya se nos hizo un poco apretado. Imagínese lo que es educar a seis hijos. Uno se nos murió de 17 años. Ahí tengo su foto. Estaba en tercer curso del colegio cuando se me murió. Se fue a Babahoyo porque teníamos bastante familia ahí. Había ido al río, pero se metió en un sitio muy hondo y se ahogó. Nos la pasamos llorando durante casi dos años. Un día, tanto yo como mi mujer tuvimos un sueño similar respecto a él. En el sueño, vino y nos tocó la cabeza y me dijo:

—Papi ya no llores más porque yo estoy bien y estoy con Diosito.

Le pregunté:

—Pero, ¿cómo es eso, m'ijo, dame algo, alguna señal de que estás bien?

—Vamos, le muestro.

Y me indicó en el azul del cielo una ventanita. Me llevó hacia la ventanita y me dijo:

—Mira hacia allá.

Lo que vi era algo hermoso, que no se puede explicar. Había una luz preciosísima y sólo se escuchaba una música hermosa.

—Desde aquí, queremos que no lloren más —nos dijo y desapareció.

Ninguno de mis hijos tuvo lepra. Los tuvimos cuando ya habíamos tenido un año de tratamiento. Es que cuando está muerto el bacilo ya no salen los hijos enfermos. En la vida en pareja, hubo momentos muy especiales y lamentables también. Hace pocos meses murió mi esposa. Fue triste, aunque yo siento que ella me está cuidando. Hoy en la mañana estuve llorando un poco. Le pedí a la señora que me ayuda que me diera un pan. Ella me dijo:

—No hay pan, don Bolito.

—Entonces unas empanaditas, como las que hacía la mami Cori.

Es que ella, cuando no había pan, como siempre compraba harina, hacía empanadas. “Ya voy hacer unas empanaditas —me decía— o, ya está el pan, Bolito, venga, venga a tomarse un cafecito”.

Lloro porque extraño la vida tan bonita que compartimos. Nunca peleábamos y siempre le sonreíamos a la vida. Viéndome aquí, que yo estaba enfermo, ella se levantaba temprano en la mañana y me hacía el café. Cuando yo podía venir a la sala nos sentábamos a tomar café, de lo contrario ella en su sillita de ruedas me llevaba el cafecito a la cama. Ella hacía bolones, empanadas, tortillas, plátanos fritos y más. Yo la recuerdo todos los días.

Antes de que falleciera, me dijo:

—No sabemos quién se irá primero, cualquiera de nosotros puede ser. Entonces, ¿cómo tomará la vida quien se quede?

Decíamos, “tenemos que tomarla con valentía, con resignación”. El rato que yo la vi muerta me dio un dolor en el alma, aquí en el interior, pero casi no lloré. Sólo le cogí sus manos viejitas y las besé y le dije a Dios: “Estas manitas, que tanto hicieron por nosotros, que tanto trabajaron por nosotros”. Antes de morir se me dijo, “Bolito, yo he tenido muchos golpes en la vida”. Y me los enumeró, como por ejemplo: la caída que tuvo una vez, o como cuando se le subió la urea, estuvo bastante mal y perdió el conocimiento. Me dijo:

—De todos esos golpes yo me he levantado, pero éste es el golpe final, de éste ya no me paro, tal vez ni amanezca.

Y así fue. Yo le dije:

—Si alguna vez hemos tenido alguna discusión aunque haya sido ligera, perdóname. Tal vez fue contra mi voluntad, pero yo nunca he tratado de hacerte daño —le dije eso porque una vez me hizo sentir mal y yo me disgusté por algo que no recuerdo, entonces ella se puso a llorar y me dijo:

—Yo nunca te he dicho nada, ¿por qué me tratas así?

—No estoy tratándote mal, son palabras que salen involuntariamente, pero yo nunca he querido ofenderte.

Ésas fueron nuestras últimas conversaciones. El verdadero amor no tiene límites, el amor todo perdona.

En la vida de pareja, en el hospital, sí hubo ciertas limitaciones que nos imponían. A veces, los doctores o las enfermeras nos decían, “no se llenen de hijos porque ustedes son pacientes y no tienen las condiciones para criar a los hijos ni para darles educación”. Por ello no sabíamos nada de tratamientos ni de planificación familiar, ni nada de eso. Recordar eso me hace llorar. Pero tuvimos cuatro hijas mujeres. Un día tuvieron ellas que llevarnos a la diálisis. Entonces una de ellas dijo: “¡Qué lindo tener bastantes hijos, porque uno puede cuidar a los papás!”

Yo pienso que cumplí mi meta y cumplí todos mis sueños. Formé un hogar, tuve a mis hijos, les di lo necesario, aunque pobremente, como yo digo. A veces me siento un padre de familia que les he dado todo, sin tener nada. Es que, en realidad, creo que la educación es un valor tremendo que uno hereda a los hijos. No tengo cosas materiales para dejarles, pero les dejé

la educación. Todas están en un buen camino, no sufren necesidades, están todas sirviendo a la patria. Yo siempre les decía: “ustedes tienen que ser unas hijas buenas y servir a la sociedad, a la patria”. Todas ellas son profesionales que pueden defenderse y vivir la vida. Eso me satisface mucho. Yo sufría cuando vivía en el hospital y me preguntaba, “¿dónde irán mis hijos, después de que yo me muera?” Por eso mismo emprendí el proyecto de las casas. Bueno, esto para los que no lograron tener nada, pero los otros, por medio de su trabajo, tienen cómo vivir dignamente.

Yo deseo que se mantenga el hospital para muchas personas que son abandonadas, que no tienen ningún refugio, que ya no tienen a su familia. Por eso yo me pongo en pie fuerte y les digo a los que viven allí: “No se dejen quitar el hospital, no se dejen”. ¿Por qué nos lo quitan? Han hecho un área para los drogadictos y poco a poco van desplazando a las personas que siempre han vivido en el hospital. Por eso yo creo que es importante que la sociedad conozca la realidad de la vida de los pacientes, para que les permitan vivir dignamente a las muchas personas que todavía están. La ignorancia y el desconocimiento hacen que las personas actúen con repudio. Somos seres humanos igual a otros y debemos convivir. Por eso queremos que se nos legalice la posesión de las casas. Para que nuestros hijos, nuestros nietos, no vivan con incertidumbre. Ojalá el gobierno lea esto para que tengamos la seguridad, más seguridad, y que no vivamos en esa incertidumbre de que en cualquier momento nos van a quitar todo.

16 de octubre de 2014